

El sujeto como sistema: el sujeto hermeneuta

Carlos Castilla del Pino

Psiquiatras, psicólogos y psicoterapeutas trabajan con sujetos, aunque puedan pasarse la vida sin cuestionarse sobre la naturaleza de los mismos. El concepto de sujeto, en efecto, ni siquiera aparece en los tratados de la psicología oficial, ni en sus diversas variedades. En este artículo se define el sujeto como un organismo receptor de sensaciones, intérprete de intenciones y productor de acciones significativas. Se desarrollan igualmente a través del artículo los diferentes aspectos incluidos en esta definición, tales como el sujeto como sistema en un contexto y el problema de la interpretación de la realidad.

Palabras clave: *Sujeto, hermenéutica, sentido, intención, acción, interpretación.*

Psychiatrists, psychologists and psychotherapists are practitioners who work with subjects, and yet, may never in their lives ask themselves about the subject. In fact, the concept of subject does not appear in traditional psychology, nor in any of its diverse variations. The subject is defined in this article as an organism that receives sensations, interprets intentions, and produces meaningful actions. Different aspects included in this definition such as the subject as a system in a context and the problem of interpretation of reality are also developed in the article.

Key words: *Subject, Hermeneutics, Meaning, Intention, Action, Interpretation.*

Hipostasia del sujeto

Cuando el psiquiatra, psicólogo o psicoterapeuta actúan, la pregunta sobre qué cosa es el sujeto puede no formularse. Como monsieur Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, nosotros, profesionales de un tipo de actuación que incide

sobre el sujeto, podemos pasar nuestra vida sin interrogarnos sobre esta cuestión, incluso sin formularnos hipótesis o inferencia alguna al respecto. En cualquier caso, se trata de actuaciones empíricas, en nada diferentes a la que acontece en cualquier otro dominio tecnológico. Como en aquella situación que hace muchos años tuvo auge en España, a modo casi de experimento, cuando se preguntaba a alguien «¿qué es una vena?», y la respuesta obtenida, la mayoría de las veces, era la definición ostensiva inherente al señalamiento de la vena del dorso de la mano, acompañada, todo lo más, del demostrativo «esto», una pregunta sobre qué es el sujeto se resolvería señalando a quien hace la pregunta, señalándose uno mismo, o señalando a cualquiera que pasa lejos o cerca de nosotros, pero que en todo caso «vemos». «Esos son sujetos.»

No es una banalidad que sobre cosas que vemos tengamos que interrogarnos qué son. De hecho éste es el cometido, inicialmente al menos, del quehacer científico, aparentemente ingenuo, pero que en el fondo revela el descontento, el desasosiego ante la propuesta obvia de que las cosas son como «vemos» que son «porque están ahí», o como pensamos que son, porque las hemos pensado así siempre.

La afirmación preliminar de que se puede actuar sin una tesis sobre el sujeto he de corroborarla.

En primer lugar, parecería hasta natural que el concepto de sujeto no apareciese en la psicología clásica. No aparece en Wundt (William James es una excepción, como en tantas otras cuestiones, y luego volveré sobre él), ni en la denominada *Denkenpsychologie*, de Külpe, ni desde luego en el conductismo (cualesquiera sean sus variantes), ni en la reflexología, ni en la psicología cognitiva (aunque entre nosotros Ángel Rivière sea el único que ha planteado el problema del sujeto en la misma, en su libro *El sujeto de la psicología cognitiva*, sujeto cognitivo o de computación frente a sujeto personal o de atribución de la psicología natural), ni con anterioridad en la psicología de la *Gestalt*; pero tampoco —y la cuestión es aún más inquietante— en la psicología social (en la que se habló del *self* a partir de George H. Mead, luego de las *actitudes del yo*, pero se soslayó la cuestión del sujeto; y lo mismo hizo William James en su célebre capítulo XII, *El Yo*, de su *Compendio de Psicología*, en el que anticipa la actual teoría del *self*, de la que puede considerarse su iniciador), ni —y la cosa es ya desde luego grave— en el psicoanálisis freudiano, en el que, como se sabe, se ofrecen dos modelos de lo que Freud denomina *aparato psíquico* —la primera y segunda tópicas—, pero en el que se hipostasía el sujeto, el cual está tras toda axiomatización, resumible en la frase: hacer del Ello Yo. «Donde era el Ello ha de ser Yo», el conocido aforismo freudiano, que resumiría la optimización de una cura analítica, requiere un agente para el intercambio de ambos. «Consciente», «preconsciente», «inconsciente», o «Ello», «Yo», «Superyo» son partes de un sistema, componentes de un sistema, que Freud no nombra. Parafraseando a Rivière, cuando afirma, que cuestiones tales como percibir, hablar, pensar, sentir, etc., es decir, los procesos mentales, pasan tan sigilosamente que se inaperciben, de forma que en psicología lo obvio se hace fácilmente invisible, se podría afirmar que, de tanta y obligada presencia, el sujeto se hace inapreciable. La definición de la psicología clásica como «psicología sin alma», se reformularía ahora

de esta forma: «psicología sin sujeto». Podría resultar que preguntados sobre el sujeto, se afirmara no existir. En suma, que se tratara de una falacia del tipo de las *falacias nominalistas* de que hablaba Bertrand Russell, consistente en concluir que si hay nombre ha de haber necesariamente entidad a la que nombra. Y en ese caso estaríamos dando nombre de sujeto a una entidad que no existe. O, en algo así como un proceso de negación, no se nombra el sujeto y no aparece, en consecuencia, el problema ni tan siquiera de su existencia. Pero como las inexistencias, en este caso la del sujeto, no pueden probarse, de momento al menos la hipótesis de la existencia de una entidad que llamamos sujeto posee mayor valor heurístico que, por ejemplo, el de conciencia, que, desdeñada ya su sinonimia «vigilancia», sólo puede ser, al decir de Humphrey, autoreflexión: capacidad para la observación interna, y, como más recientemente ha señalado Yates, creadora de «modelos de mundo». Volveré luego sobre esta tesis de Yates, enunciada en 1985, por su coincidencia con el modelo de interpretación que propongo en este momento.

El sujeto como «aquello» y el sujeto como «aquel»

No obstante, aun como hipótesis, *sujeto* es «aquello» que se modifica cada vez que, por el medio que sea, el sistema que constituye el organismo establece relaciones *significativas* con la realidad o consigo mismo. *El sujeto es el sistema del organismo* (subsistema en el orden categorial, respecto del organismo como sistema) *receptor de sentidos e intérprete de intencionalidades, así como emisor de actuaciones con sentido e intencionalidad*. Frente a los cognitivistas a ultranza que, siguiendo la inteligente metáfora de la máquina de Turing, comienzan y acaban en la computación, Searle sugiere que la computación no tiene conexión interesante de ninguna especie con la comprensión. Comprender es dar cuenta del sentido de una actuación y dar sentido a la propia actuación. En suma, como señala Searle —siguiendo en ello la vieja tradición fenomenológica de Brentano—, actuar intencionalmente, inteligir la intencionalidad de las actuaciones ajenas. Punto de vista que sostiene, cualesquiera sean sus diferencias, un ex-cognitivista como J. Bruner, cuando afirma que comprender, como función del sujeto, es comprender estados intencionales.

A eso que denominamos impersonalmente «aquello», cuando somos agentes de la interacción, o cuando reconocemos tras la actuación ajena un determinado agente, lo calificamos de «aquel» (aquel a quien llamamos o nos llama, aquel a quien ordenamos o nos ordena, aquel a quien prescribimos una instrucción o nos las prescribe, aquel a quien amamos u odiamos, etcétera). Un «aquel» que se hace equivalente a un «quien». «Aquello» no es, desde luego, un «lugar». Hace ya muchos años que cosas, por decirlo de algún modo, como pensamiento, habla, recuerdo, deseo, etc. se renunció a situarlas, a conferirles lugar, topo, localización, para decirlo con un término clásico. Tampoco, pues, parece plausible hablar de «el lugar del sujeto», salvo que se hable metafóricamente. Cualquiera cosa

que sea lo que denominamos «sujeto» no tiene lugar, porque *no está* sino que *se hace*. (Se hace y deshace, se construye y deconstruye.)

Un discurso con cierto rigor en el orden de nuestras disciplinas conviene, sin duda, en reconocer que no debemos hablar de sujeto como «aquel», sino como «aquello». Para ser más preciso, de «aquello» de lo que en determinados contextos —contextos de la vida cotidiana, de la juridicidad, de la legalidad— se puede aludir como «aquel». Cuando nombramos al sujeto como «aquel» y no como «aquello» estamos «personalizándolo», y, en consecuencia, haciendo antropomorfismo. Pues desde el punto de vista psicológico no se es persona —que es un concepto jurídico, religioso, moral— sino sujeto de actuaciones, es decir, un sistema del organismo que hace posible un tipo diferenciado de actividad, distinto al de respirar, metabolizar, etcétera, y que son conductas, esto es, actuaciones intencionales, actuaciones con sentido. En los contextos sociales, donde es usual la consideración de sujeto, se sustraen del sistema de relaciones constantes en las que se resuelve el sujeto aquéllas que se refieren a actuaciones codificadas, y se habla de sujeto del delito, identificándolo con el de persona jurídica. Persona se corresponde en tales casos con un determinado hombre. Pero no tienen que coincidir necesariamente y siempre hombre con sujeto: un hombre en coma no es sujeto; tampoco lo es el recién nacido.

Por el contrario, todo lo que puede ser calificado como «aquello» entraña su inicial categoría de objeto. Un discurso científico comienza por tratar como objeto tanto una forma no mental (FM) cuanto una forma mental (FM). Esta cuestión no surge, como veremos luego, de la máquina de Turing y, por tanto, no se deduce del cognitivismo ni del modelo computacional representativo. El modelo computacional sirve para los procesamientos de información, o sea, para determinados procesos mentales como la percepción, pensamiento y memoria, pero no da cuenta, ni aun recurriendo a lo que se conoce como procesos mentales de segundo orden, a la intencionalidad. Los procesos de segundo orden explican con relativa suficiencia la autoreflexión: pensar sobre lo percibido, lo sentido, lo deseado, lo pensado.

El sujeto como sistema. Hacer de sujeto

Ser sujeto, o mejor, *hacer de sujeto* consiste, como he dicho, en *establecer relaciones significativas* (actos con sentido) *con los objetos* (decir objeto significativo es redundante, porque sólo llega a ser objeto aquello a lo que se le hace significativo). *El sujeto, en consecuencia, aparece no a modo de un órgano del ser humano, sino como una función que el ser humano lleva a cabo para su adaptación al mundo* —no al entorno, si entendemos por entorno el medio fisicoquímico— *como realidad significativa, como dotada de sentido*. Adaptarse (el sujeto) es adecuarse semánticamente a los objetos de la realidad que construimos como *situación* o *contexto*. En este sentido, pragmático, de las actuaciones concretas del sujeto, *realidad* es contexto, situación, un constructo en el que actuar de acuerdo

a determinadas reglas, las reglas contextuales. Una actuación adecuada es una actuación contextualizada. Para conseguir esta adaptación el sujeto modifica el objeto de la relación, de forma que adaptarse conlleva modificar la realidad para adaptarla en lo posible a él. La adaptación se pacta con la realidad, en la medida en que adaptación es intercambio semántico. Esto se observa de manera ostensible en los procesos de interacción: somos sumisos haciendo/dejando que el objeto de la realidad, en este caso otro sujeto, sea autoritario; o autoritarios haciendo/dejando que el otro se nos someta; o amables, para hacer que el otro acceda a lo que de él requerimos.

Visualización parcial del sujeto: la expresión. Lo privado y público del sujeto

No es cierto que el sujeto sea invisible. Por lo menos no lo es en su totalidad, sino —como mostraré a continuación— parcialmente. Cuando el sujeto se relaciona con objetos externos, *se deja ver*, o sea, *se expresa*. No es que por un lado exista el sujeto y por otro su expresión (como en el pensamiento tradicional: por una parte el alma, el espíritu —incorporéo—, por otra la manifestación corporal de éste), sino que la expresión *es* el sujeto, si bien la parte pública de él. Por tanto, la hipostasia del sujeto es sólo de una parte —una gran parte— de él, a saber: el sector privado. Cuando la relación es, por el contrario, con objetos internos (realidad también, pero íntima, interior), mediante lo que se conoce como *reflexividad*, el sujeto es observable entonces como dejando de hacer de sujeto para la realidad exterior, en la cual están, sobre todo, los demás.

La expresión del sistema, su visualización, sirve, pues, a la necesidad de confrontarnos con el modo cómo funciona al hacer de sujeto aquello con lo cual hemos de interactuar. Los sistemas que denominamos sujetos se comunican por lo que expresan, es decir, intercambian la información que emiten. El resto es silencio y, como tal, signo de inevitable ambigüedad.

«Teoría» complementaria sobre el sujeto. Hermenéutica sobre el sujeto

Para expresarse hace falta que haya sujeto de la expresión. Pero no *tras* la expresión, como afirmaba Ortega y Gasset, sino *de la* expresión. No es que el sujeto se esconda tras la expresión, es que la expresión es sólo lo observable de él. Puesto que la expresión es la vía de acceso hacia lo no observable del sujeto, es obligado *inferir* la parte íntima del mismo (íntima deriva de *inter*, como interior) a partir de su expresión. Del sujeto expresado inferimos el sujeto en silencio, cuasi inexpresso. *La expresión es, pues, metonimia del sujeto.*

Si del sujeto contamos con la evidencia de la mínima parcela de él que es su expresión en un contexto dado, el interlocutor lo complementa *imaginándolo*, construyéndolo como imagen, como imaginario. La inferencia sobre el sujeto inex-

preso, sobre el sujeto íntimo, o, mejor dicho, sobre lo íntimo del sujeto, es imaginaria. El sujeto que resta tras su expresión es una *hipótesis*. Dicho de otra forma, todo interlocutor construye, mediante la inferencia, una *teoría particular* sobre el sujeto de la interacción. Pero no es más que una teoría: sobre esta cuestión no cabe posibilidad de engaño, porque dicha teoría sobre el sujeto es de imposible verificación. Las *teorías* sobre el sujeto A o B, como interpretaciones que son, no son, como las explicaciones, verdaderas o falsas, esto es, refutables, sino más/menos *verosímiles*. En cualquier momento pueden modificarse (¡no refutarse!) en uno u otro sentido, lo que significa la deconstrucción de una teoría y la construcción de otra, alternativa. Por eso, a una «teoría» sobre un sujeto puede suceder otra, de signo distinto, incluso opuesto. Todas son —lo veremos después con mayor detenimiento— verosímiles. Para el sistema/sujeto rige el *principio de incertidumbre*, de forma tal que el sistema «hace-de» según el observador le hace hacer, en este caso, según el interlocutor, que evidentemente es parte del sistema.

El sistema/sujeto es cualquier cosa, pues, menos un sistema estable, y hace de P, Q, R, según que el interlocutor sea P', Q', R'. El sistema/sujeto se hace P, se deshace de P para hacer de Q, se rehace —si es el caso— de P. ¿Se miente por eso? ¿Es que el sistema/sujeto es intrínsecamente mendaz? No hay lugar aquí para el concepto de mentira, que es una categoría antropológica, no coherente en este discurso. El sujeto no es mendaz; el sujeto es cambio. Como, en otro orden de cosas, el metal que se oxida o se sublima, el animal que muda de piel o cambia su color, el sujeto «hace-de» en el contexto en el que con dicha actuación pretende adecuarse al mismo, y de manera distinta si el contexto es otro. El sujeto es naturalmente versátil y adaptativamente metamorfósico, y no convierte, como he dicho, al sistema/sujeto en mendaz, aunque le ofrece la posibilidad de serlo, como una forma más de adaptación.

Por estas razones, *el sujeto como sistema requiere constantemente ser interpretado*. Y el agente de la interpretación es otro sujeto. El sujeto hace del organismo humano, o del hombre, un *homo hermenéutico*. Estamos obligados a interpretar en toda interacción que llevamos a cabo. Es imprescindible construir una teoría sobre el sujeto de la interacción; y no sólo para la confirmación o deconfirmación de «aquel» con el que interactuamos, sino para montar, con toda suerte de riesgos, la estrategia comunicacional que se juzga, con mayor grado de probabilidad, adecuada, o sea para adaptarnos a su vez a la actuación del otro. La interpretación de la actuación *p* de *A* es teoría sobre el sujeto A. En este contexto, interpretar la actuación *p* es elevarse desde la anécdota que es *p* a la categoría que es el sujeto A.

Estrategia comunicacional: retórica del sujeto

Cada sujeto hace y ostenta lo más útil para el éxito de lo que se requiere en una actuación. El sujeto se adereza hábilmente para el logro de lo que preten-

de que el otro haga a su vez para él (que le depare afecto, estima, admiración, que haya lugar para el sometimiento...). El sujeto se deja ver, esto es, expresa lo que imagina que el interlocutor requiere; con su expresión —una, no otra— intenta que el interlocutor construya una teoría sobre él como sujeto a la medida de sus intereses adaptativos. La habilidad que se precisa en el uso de las expresiones se pone visiblemente de manifiesto cuando el sujeto no la posee, o la posee en escaso grado, y se muestra *torpe*, inhábil en la estrategia perlocucionaria: de golpe, sus esfuerzos resultan inútiles, hasta *contraproducentes* y obtiene resultados opuestos (el rechazo) a la pretendida aceptación.

La teoría montada sobre el sujeto inhábil, torpe, oficioso, parece ser la siguiente: «'aquel' o 'éste' pretende conseguir de mí tal y tal cosa». Esta formulación es del todo inexacta, porque puede ser aplicada también, y con mayor fundamento, a la del sujeto hábil, cuya estrategia se ve coronada por el éxito. Mientras el inhábil se frustra en su pretensión, el hábil obtiene lo que pretende. La estrategia inhábil del sujeto se diferencia de la hábil porque no ofrece a cambio contraprestación alguna. El pacto implícito en toda interacción consiste, pues, en que cada cual hará para el otro a cambio de que el otro haga para él. El sujeto aspira a la modificación del otro para él, modificándose él mismo para el otro. La retórica del sujeto es intrínsecamente persuasiva a costa de la donación que él mismo hace para el otro.

Dinámica del sujeto: desear

El proceso descrito del sistema/sujeto no sería posible en la obtención de fines si dicho sistema, además de *sistema de cognición*, no fuera también un *sistema de desideración*. La dinámica profunda de este proceso mediante el cual se hace de sujeto es posible porque el sujeto efectivamente conoce del objeto, *pero sobre todo* porque desea al objeto. Como decía Schopenhauer, deseo, luego existo. O, más precisamente: deseo, luego conozco, luego existo. El sujeto no conoce pasivamente, ni la actividad cognitiva —informarse, percibir, pensar, recordar— tiene su motivación en sí misma, sino que, como la expresión, está al servicio de otra actividad del sujeto. Esta actividad *primaria* del sujeto es la de desear. El sujeto está siempre deseando. Éste es uno de los descubrimientos de Freud. El deseo es la reformulación de la libido freudiana. Furth, como es sabido, ha tratado hábilmente de situar el deseo en la base de la cognición. Muy anteriormente, y desde otra perspectiva, Sören Kierkegaard escribió esto que ahora ha recordado Furth: «el deseo sólo existe cuando existe el objeto, y sólo existe el objeto cuando existe el deseo».

En el contexto de cualquiera sea el tipo de relación intersubjetiva, la estrategia se resume en esto: *el sujeto desea hacer de forma que pueda ser deseo del otro*. En el intento de suscitar el deseo del otro muestra el sujeto su deseo de ser deseado. Para ello —y no es un juego de palabras— *el sujeto ha de hacerse deseable*. Toda estrategia comunicacional tiende a la provocación del deseo de sí

en el otro. La estrategia de seducción o de persuasión es estrategia de provocación. Y provocación del deseo. Cuando, como he dicho, el sujeto opta, al hacer de tal, por ofrecer al otro la mejor de las imágenes posibles, trata —lo consiga o no, esa es otra cuestión— de hacerse deseable, hasta el punto de obtener del otro el deseo que de él requiere. El sujeto usa de imágenes varias para hacerse deseable. Pero importa destacar el hecho de que la provocación del deseo en el otro se hace a través del único medio posible, al que reiteradamente he aludido: la expresión. Y con la expresión se aspira a provocar el deseo en sus variadas formas, erótico, estético, moral y/o intelectual, por parte del sujeto que se expresa, o mediante cualquier tipo de *maquillaje*, que es una forma más de hacer de sujeto, y de hacerse visible de una forma determinada; en suma, de hacerse deseable. El maquillaje es un modo de *sobreexpresión*.

Por *maquillaje* se entiende habitualmente la mejora de la imagen estético-erótica. Pero su acepción, sin embargo, debe extenderse a otras formas posibles de sobreexpresión del sujeto en el conjunto de la parte observable del mismo: así, podemos hablar del maquillaje de santo, de sabio, de artista, de valiente, de dócil, etc.), es decir, a la sobreexpresión de imágenes morales e intelectuales. El maquillaje, como intento de mejora de la imagen de sí, demuestra que el sujeto tiene, en primer lugar, una *teoría de sí mismo*, que ha de usar para la actuación en la realidad, y, en segundo lugar, una *teoría de la realidad*, merced a la cual pretende la obtención de su demanda; y desde luego, y en tercer lugar, otra, de segundo orden, constituida por la *teoría acerca de la teoría que los demás tienen de él*. La *estrategia de obtención* comienza por la adopción de una actitud por parte del sujeto derivada de la hipótesis acerca de la teoría que los demás tienen de él. El sujeto *se presenta* ante el otro como imagina que el otro le supone.

Teoría del sujeto e interpretación

¿Qué significa todo eso de que el sujeto tiene una teoría de sí, una teoría de la realidad externa a él, y una teoría de la que los demás tienen de él? ¿Qué quiere decir, en este contexto, *teoría*? Teoría es, dicho sea con una palabra, *interpretación*.

No hay teoría del sujeto respecto de la realidad externa a él ni teoría del sujeto como teoría de sí mismo sin que ello resulte, no del mero procesamiento de la información, sino de la ulterior interpretación de la información. El sujeto no es condición necesaria para la recepción de la información. Sin sujeto, sin embargo, no hay interpretación. Y el sujeto hace de tal si, y sólo si, hace de intérprete, el *homo hermeneútico* de que hablábamos antes.

Es preciso, pues, conceptualizar la interpretación.

Interpretación: concepto

Denomino interpretación la operación que un sujeto (intérprete) lleva a cabo sobre un objeto u objetos de un contexto, sobre él mismo en tanto objeto del con-

texto, y sobre el contexto mismo (*interpretables*), hasta transformar ambos en *interpretados*. Interpretación es, pues, la transformación de objetos referenciales, es decir, referidos, en objetos interpretados (a los que llamaremos simplemente *interpretados*). Como proceso transfinito, la interpretación puede ser sustituida: a) por otra interpretación total, como interpretación alternativa (neointerpretación), o b) por otra parcialmente distinta (reinterpretación). Llamamos *unidad interpretativa* al conjunto formado por el interpretable y el interpretado. Una interpretación, incluso una virtual y teórica unidad interpretativa, coincidiría con el concepto de «modelo de mundo», de Yates, al que aludí antes. No son representaciones sino constructos subjetivos, *teorías* acerca de los objetos del mundo, de sus redes semánticas, de sus significaciones.

Campo interpretativo

El campo del sujeto, en analogía al campo visual, es un campo interpretativo, resultado de la *selección perceptual* (que es la expresión de la incidencia del deseo, y por tanto del sujeto, en la información procesada) de objetos interpretables para su transformación en interpretados. Este proceso conlleva la subsiguiente negación de otros objetos, denotables, pero no interpretables. Se logra así, por parte del sujeto, la *pertinencia de los objetos del campo*. No se cuestiona nunca la pertinencia de ese objeto autoreflexivo que es el propio sujeto, porque, por definición, siempre está. El campo es siempre campo *del* sujeto, y el sujeto es, en consecuencia, un interpretable constante. El campo a interpretar es, en suma, el contexto, como sostuvo Jakobson, y la interpretación tiende axiomática y recursivamente a la corrección, porque de ella depende que la actuación del sujeto concluya con éxito o sin él. La diferencia entre la conceptualización jakobsoniana y la nuestra radica en la consideración del sujeto mismo de la interpretación, como objeto interpretable (autointerpretable) del contexto. En realidad, en cada campo interpretativo tiene lugar un juego en el que el sujeto del mismo se propone naturalmente ganar, y, si como es la regla, existen otros sujetos además, entonces la propuesta de cada uno de ellos es ganar a los demás.

Uno de los haceres constantes del sujeto es la construcción y re-construcción del contexto, de consuno con los objetos con los que interactúa. Cada actuación del sujeto es en sí misma una marca contextualizadora, que re-define, amplía o restringe el contexto. No puedo desarrollar este tema en este lugar. Al ser el sujeto componente y codificador del contexto, interpretar dicho contexto incluye, como he dicho, la interpretación de su actuación y, por tanto, de sí mismo. Toda interpretación de algo o de alguien implica autointerpretación de la actuación del intérprete.

El proceso interpretativo

Veamos a continuación el proceso interpretativo con cierto detalle, en la medida en que constituye una función clave del sistema/sujeto. Se trata de un

modelo de procesamiento, susceptible de ulteriores correcciones y ampliaciones.

Una advertencia preliminar: interesa el proceso interpretativo, sin embargo, no en cuanto generador de interpretaciones necesariamente correctas, sino cualesquiera que sean, independientes, por tanto, de sus *valores de verosimilitud*. Veremos posteriormente que para la interpretación no rigen valores veritativos (verdadero/falso, de la lógica bivalente de predicados; al que se le puede añadir el valor ni verdadero ni falso, de la lógica trivalente; incluso otros valores intermedios, de la lógica polivalente), sino valores de verosimilitud, los cuales derivan de la lógica estocástica y de la teoría de los conjuntos borrosos.

1. Del objeto al significante

¿En qué consiste interpretar?

En las habituales teorías del significado se parte del objeto, y, en tanto esta referencia es obligada, *el objeto es el referente de primer orden*. Pero la interpretación se inicia no en el objeto sino en la *imagen del objeto* (imagen de un objeto seleccionado, e imagen de lo seleccionado en el objeto: la imagen del objeto/mesa es la de mesa, seleccionada de entre los demás objetos, pero en la que se selecciona aquello que interesa de la mesa), que constituye el *interpretable*, a partir del cual tiene lugar el segundo momento del proceso en el cual se detectan las *propiedades del objeto en función del perceptor*. El verdadero referente es la *imagen del objeto*, que actúa como significante, o sea como referente de segundo orden, a partir del cual se construye la interpretación como teoría del objeto. Con otras palabras: el objeto es condición necesaria pero no suficiente para la constitución del significante, que es, de acuerdo con Saussure, la imagen del objeto. Hace falta que a partir del objeto el sujeto construya la imagen del mismo para que entonces surja como referente a interpretar, es decir, como interpretable. Las denominadas «ilusiones» ópticas —que no son tales, y por eso se entrecomillan— prueban de modo inequívoco que el significante no es el objeto sino la imagen que construimos de él.

Interpretar es justamente el proceso mediante el cual se dota de significado connotativo a la imagen del objeto *interpretable* que como *interpretado* ha de ser devuelto, por decirlo así, al contexto. De referente, el interpretable pasa a ser referido, esto es, interpretado.

El interpretado funciona a modo de plantilla del objeto y su contexto e incluso del propio intérprete. Al decir de Bruner, como un intento isomórfico de las estructuras internas con la de la imagen del objeto. Tesis que, por cierto, actualiza aquella otra, del isomorfismo de Köhler, de los años treinta, para quien percibir era el resultado de la construcción en el córtex cerebral de la plantilla del objeto. Recordemos, en otro orden de cosas, el concepto de *pictures* de Wittgenstein, cuando denominaba así al proceso de designación o de descripción. Describir un objeto era pintar con palabras, en tanto éstas son a modo de herramientas o útiles del sujeto. Tesis que podría emparentarse en alguna medida con la de Sapir-Whorf en la que se pretendía hacer ver cómo el modelo lingüístico del sujeto determina la construcción de la realidad.



Figura 1. El observador «decide» qué imagen *desea* obtener de este único objeto: o una copa de champán o dos caras muy cercanas que se miran frente a frente. A partir de la imagen interpreta, es decir, dota a la misma, la que quiera que sea, de un árbol de connotaciones, y ofrece su interpretación.

2. La interpretación sistémica. El contexto

La interpretación acaece sobre un contexto en el que se sitúan: a) los dos objetos referenciales, es decir, el objeto y la imagen del objeto (interpretables); b) el sujeto intérprete; y c) el interpretado como objeto referido.

El campo interpretativo es, pues, un constructo versátil y extenso en donde cualquier interpretación promueve un proceso intensional del tipo

$$f[(S/Ob)Cx]$$

en donde el functor determina el tipo de rol actancial del sujeto y del objeto siempre dentro del mismo contexto. El functor es el *modo de relación*, y expresa el componente desiderativo que lo decide. De esta forma, el contexto funciona a su vez como functor, determinando qué reglas rigen en

$$f(S/Ob).$$

El sistema es, pues, circular y autorregulado.

3. Dinámica del sistema interpretativo

El sistema funciona no en círculo sino en espiral, susceptible de retroalimentación, teóricamente *ad infinitum* (transfinita), porque los interpretados ac-

túan ahora como neoreferentes, que introducen un factor de corrección o de refuerzo en la interpretación efectuada.

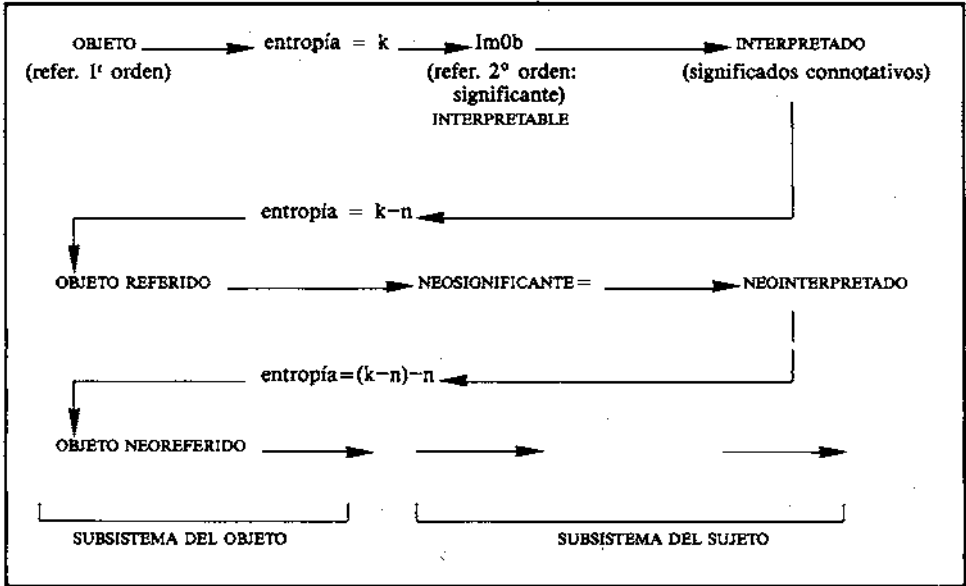


Figura 2. Sistema del contexto.

Pero, ¿por qué y para qué interpretar?

La función de interpretación, como la de la explicación en las ciencias positivas *stricto sensu*, es la de predecir. ¿Qué ocurre, sin embargo, allí donde la explicación no puede darse y se sustituye necesariamente por la interpretación?

Puesto que la correspondencia entre referente y referido, es decir, entre interpretable e interpretado no puede alcanzar el 1:1, la interpretación es un proceso estocástico o probabilístico derivado del valor de la entropía del sistema, es decir, de la desinformación que padece ese componente del contexto que es el intérprete. Si se pudiera dar una interpretación cierta, unívoca, entonces no sería tal, sería una explicación, que en el ámbito científico, descontextualizado, es auto-suficiente para un momento dado. En ese caso, el valor de la entropía sería 0 o próximo a 0, en todo caso tendente a 0 ($\rightarrow 0$). Por el contrario, la interpretación es transfinita porque es incierta. Si la interpretación tiene un valor de incertidumbre, entonces no puede ser, por axioma, verdadera o falsa, sino —como he dicho antes— verosímil (en mayor o menor grado). Una buena interpretación es tan sólo la más verosímil de las infinitas interpretaciones posibles. Verosímil, pero incierta. Lo que quiere decir: no hay interpretaciones inverosímiles (lo que equivaldría a *certificar* su imposibilidad), sino menos verosímiles, menos probables, pero no menos inciertas, porque al no haber ninguna interpretación cierta, todas son posibles, aunque en distinto grado.

De aquí la aparente paradoja: *toda interpretación dada como cierta es falsa*. Para aquél que confiere certidumbre a la interpretación que ofrece regiría el criterio de verdad/falsedad, porque en realidad se hace sobre el enunciado —«la interpretación de P es X»—, al que se aplican los valores de verdad, y por tanto, en ese caso, identifica su interpretación con una explicación. Una interpretación dada como cierta es una explicación no falsable (en el sentido popperiano).

Una interpretación dada como cierta, y además con carácter estable, la tenemos en el delirio. Sería muy sugerente demostrar que, en la medida en que en la cotidianidad se tiende a operar con interpretaciones *como si* ciertas, actuamos *como si* delirantes. Desarrollar esta tesis en este momento me apartaría del tema. Baste decir que, en la medida en que se trata de interpretaciones sobre hechos intrascendentes, una interpretación de esta índole, dada como si cierta, carece de relevancia. Cuando se hace sobre hechos importantes para el sujeto, entonces nos encontramos con el delirante o, cuando menos, con el predelirante. Porque, ¿qué ocurre en el delirante? Un delirante de celos, por ejemplo, puede ser a su vez un sujeto engañado *de facto* por su cónyuge: no por eso deja de ser delirante. Pues el celotípico afirma ser engañado no en base a la evidencia de los hechos (que no le constan; si existieran no se trataría de un celoso sino de un cornudo), sino en la verdad, en la incorregible certidumbre (¿hay alguna certidumbre que no sea incorregible?) de su interpretación, y ésta, por axioma, no puede darse.

Una interpretación mínimamente verosímil posibilita una corrección tal en el sistema a partir de la dishomeostasis que provoca, y de esta forma la interpretación se rechaza y el proceso interpretativo se reinicia bajo otros presupuestos. El proceso interpretativo es, además, como se ha dicho antes, transfinito, incluso ilimitado —la semiosis ilimitada de que habla Eco—, aunque por razones pragmáticas posea un límite.

4. La dishomeostasis interpretativa de la realidad

La función que el sujeto confiere a la tarea interpretativa que se impone en un momento dado es la de la reducción de la entropía del sistema S/Ob. Es precisamente para eso para lo que se recurre a la interpretación. La interpretación suplanta a la explicación allí donde ésta no tiene cabida, por deseable que fuera. Si el sujeto pudiera explicarse las actuaciones de los demás sujetos de la interacción o las suyas propias, ello supondría que, como otros objetos de la realidad —los que se han llamado Formas no Mentales, los objetos inanimados—, serían susceptibles de transparencia. *Se interpreta porque no se puede explicar*. Toda interpretación es, pues, autoinsuficiente, respecto de la axiomática suficiencia explicativa de la ciencia natural. Esta autoinsuficiencia interpretativa exige del sujeto aprender a manejarse en un sistema de relaciones para los que, por axioma, no cabe completitud. Con otras palabras, la interpretación, en su insuficiencia, muestra la dishomeostasis del sistema constituido por el contexto, sus objetos y el sujeto intérprete, y la necesaria recursividad del mismo. Ello significa la renuncia al control del otro, el aprendizaje de la interrelación humana como

incierta, pero libre; o sea, una teoría abierta del otro y, por tanto, una teoría abierta de sí mismo, en la que, en consecuencia, no habría lugar para los dinamismos de la paranoidización («no sé todo de tí, como tú no sabes todo de mí», y eso me obliga a confiar a pesar del riesgo). La tolerancia ante el desequilibrio que necesariamente procura toda interpretación es una de las maneras de definir la capacidad para el mantenimiento del equilibrio en el sistema sujeto, en pocas palabras, en el de un sujeto.

BIBLIOGRAFÍA

Obras generales de Carlos Castilla del Pino donde se trata el tema de la hermenéutica:

- Castilla del Pino, C. (1975). *Introducción a la hermenéutica del lenguaje*. Barcelona: Península.
Castilla del Pino, C. (1984). *Teoría de la alucinación*. Madrid: Alianza Universidad.
Castilla del Pino, C. (1990). *Estudios de Psico(pato)logía sexual*. Madrid: Alianza.
Castilla del Pino, C. (1990). *Cuarenta años de Psiquiatría*. Madrid: Alianza.
Castilla del Pino, C. (1993). *Introducción a la Psiquiatría. Vol. I Problemas generales de Psico(pato)logía*. Madrid: Alianza Textos.